

El divorcio aliado

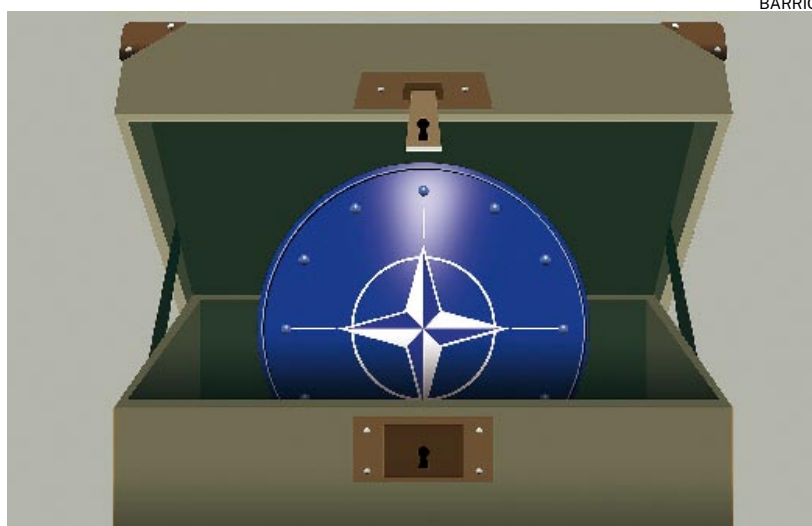


Ángel Tafalla

Últimamente y gracias al Sr. Trump los europeos venimos hablando bastante -en el seno de la OTAN- de nuestra autonomía estratégica. Les propongo que juntos exploremos alternativamente este asunto desde otro ángulo: como un proceso de divorcio que se acerca indefectiblemente hacia nosotros. En el doloroso trance de tramitar un divorcio podremos encontrar americanos y europeos más inspiración que con esto de la «autonomía» que evoca una cierta esperanza de conservar algunos lazos operativos.

La OTAN, a la que he dedicado el 60% de mi tiempo activo como almirante, era una organización político militar defensiva para preservar en nuestras naciones el orden liberal y democrático ante un peligro claro y definido. Por iniciativa de su líder fundacional -los EE UU- sus límites geográficos están definidos como los territorios europeo y americano y los espacios marítimos contiguos. Esto era así porque los norteamericanos temían por aquellos tiempos verse arrastrados por los intereses coloniales de algunas naciones europeas. Que ironía que sea ahora Trump el que nos reprocha que no le apoyemos en sus aventuras imperiales. Y esto, tras los largos años en Afganistán e Irak, donde los europeos hemos seguido lealmente su errático liderazgo, no como parte de la OTAN, lo que era imposible, sino en coaliciones por ellos dirigidas. Pero con la guerra de Irán y la indiferencia ante la agresión del Sr. Putin contra la heroica Ucrania, parte de Europa, creo que ha llegado el momento de reconocer que nuestros caminos son diferentes, que es el momento de empezar a planear el divorcio intentando que sea un proceso con el menor sufrimiento posible. Aunque do-

lor va a haber. Los divorcios suelen llegar cuando tras un periodo -en nuestro caso 77 años- los cónyuges descubren que sus proyectos de futuro son diferentes y la convivencia se vuelve imposible. Y además, divergencias económicas están siempre presentes en cómo dividir el patrimonio aunque en cierto modo atenuadas por el interés en hacer el menor daño a los hijos en común. Pero los europeos podemos decir a los americanos, como en una canción de Neil Diamond que me gusta: «Tú ya nunca me traes flores». Las flores de la seguridad que la disuasión de la OTAN ha proporcionado a las entonces assoladas tierras europeas. Pero los europeos empezamos a creer que nuestros destinos serán diferentes; que no vemos bien que todo lo midan únicamente en poder o dinero; que no respeten valores diferentes ni entiendan a sus adversarios como tampoco a sus antiguos



socios. Y no me refiero solo a Trump sino al sector del pueblo norteamericano que le vota -al menos dos veces- y que no se esfuerza en comprender los sentimientos de los de más allá de unas fronteras tan equivocadamente defendidas.

La OTAN no tiene fuerzas propias, salvo unas pocas aeronaves de alerta previa y reconocimiento, algunas tripuladas o a control remoto. Las fuerzas militares -el grueso del valor de la OTAN- son propiedad de las naciones que las adquieren, pagan por su mantenimiento, adiestramiento y despliegue y las sustituyen cuando sufren desgaste en combate o accidentes. Por lo tanto el divorcio aquí no debería ser doloroso: cada nación se queda con lo suyo y ya

está. También las naciones aliadas pagan una relativamente pequeña cuota por los gastos de funcionamiento de la estructura militar integrada y los sueldos de su personal destinado en ella. En el proceso de divorcio este concepto no debería pues tampoco presentar problema aunque los EEUU han gastado más históricamente por su mayor tamaño. No tendrían que ser objeto de resarcimiento al ser gastos corrientes que han tenido para los americanos la ventaja adicional de su mayor representatividad e influencia. Lo que si pudiera causar alguna controversia al dividir los bienes comunes es la inversión en infraestructura y capacidades estáticas que están construidas principalmente en Europa, como es natural, al haber sido este el previsible teatro de combate inicial con la URSS como ahora lo es contra Putin si no desiste en sus reivindicaciones. Tras el divorcio, esta infraestructura va a quedar en manos de la defensa común europea y deberíamos contemplar generosamente la posibilidad de otorgar una cierta compensación en agra-

decimiento a los muchos años juntos con la anterior América, la que defendía aquello en que nosotros seguimos creyendo y ellos aparentemente han renegado. Este recuerdo de nuestro común pasado debería ser protegido en el amargo proceso que se aproxima. Por los muchos años de paz y estabilidad que americanos y europeos hemos conseguido, al menos en nuestro Continente, y para hacer lo menos traumática la separación que se avecina, habría que aceptar nego-

ciar esta indemnización. Pero no se trata de firmar una nueva Carta del Atlántico, pues cada uno seguirá a partir de este momento sendas diferentes, sino de disminuir el riesgo de enfrentamientos futuros entre europeos y norteamericanos y materializar el reconocimiento por los buenos tiempos en que creíamos en las mismas cosas. Pero ha llegado el momento que los europeos, aun doloridos, entonemos con Barbra Streisand y Diamond: «America, you don't bring me flowers anymore». Enséñanos a decir adiós.